

La escuela de la desidia

Rafael Feito

Dpto. Sociología III. Universidad Complutense

¿Qué puede hacer en la escuela para cambiar las cosas un profesor no autoritario, un profesor que trate de comprender a sus alumnos? ¿Qué explica que un porcentaje significativo de alumnos abandone la escuela sin ni siquiera concluir la enseñanza secundaria? ¿Por qué un profesor progresista se encuentra con dificultades similares a las de un profesor reaccionario frente a la rebelión de sus alumnos?

La escuela es la antesala del trabajo y, que se sepa, en el trabajo, salvo excepciones, uno no despliega, o no tiene la posibilidad de desplegar, sus actitudes personales, su vocación o lo mejor de sí mismo. El trabajo académico es concebido, en el mejor de los casos, como una mercancía. Una mercancía con la que se puede comprar un número mayor de boletos en la feria de la búsqueda de trabajo, elevar el prestigio personal -donde este prestigio sea vendible-, desenvolverse con mayor soltura en el mercado del matrimonio, etcétera. Y es que, ciertamente, cuanto la escuela enseña está profundamente alejado de la realidad. Es más, basta con que algo se enseñe en la escuela para que pierda todo o casi todo su interés. Y es que, como hemos visto, la transmisión de conocimientos no está separada de una nefasta relación de autoridad, percibida por los chavales como arbitraria.

Esta situación es más grave para los chicos procedentes de ambientes obreros. Su cultura, su lenguaje, su forma de vestir, sus músicas, sus padres, sus amigos, etcétera, son elementos desdeñados por la escuela. La escuela valora otras cosas. La escuela quiere individuos rebeldes, sí, pero rebeldes culturales; individuos independientes, sí, pero con el respeto debido a los profesores; individuos inteligentes, sí, pero sin pasarse de la inteligencia correspondiente a su edad; individuos de buen hablar, sí, pero con la verborrea típica de los hablantes de clase media; individuos amigos de sus amigos, sí, pero que no se unan a la turba soez. La escuela tiene un prototipo de buen alumno que no se ajusta a las características de la mayor parte de la población de este país.

Sé que lo que digo puede parecer injusto a muchos profesores, a profesores que quieren una escuela más cercana a la realidad que viven sus alumnos. Lamentablemente, en muchas ocasiones se parecen a esos misioneros que censuran la cara cruenta del imperialismo, pero jamás ponen en duda la conveniencia de su religión para los salvajes. La cultura es una e indivisible como la patria que se quiso imponer a este país. Los profesores, con independencia de cuál sea su origen social, se han criado en la universidad -con la consabida excepción de los profesores de taller de FP-, han recorrido casi todo el sistema educativo -no todos son doctores, no todos son licenciados—, lo que implica que han aguantado demasiadas horas encerrados en las aulas, demasiados cursos inútiles, demasiados profesores estúpidos, demasiados absurdos como para ponerse ahora a dudar de la validez o no validez de la cultura académica.

La mayor parte no ha conocido más mundo que la enseñanza, primero como estudiante y luego como profesor, lo cual puede ser hasta conveniente, pero lo grave es que el mundo de la enseñanza está aún tremendamente sesgado en favor de determinados valores y en contra de otros. No es extraño que los chavales consideren a los profesores como seres de otro mundo, que cuentan cosas de otros mundos y que viven en otro mundo.

Los chavales consideran que los profesores no entienden de psicología. Esto es algo que los propios profesores saben y, por eso, también piden que haya en los centros psiquiatras, psicólogos, brujos o lo que sea. La verdad es que los profesores desconocen muchas cosas que en un sistema educativo más racional deberían conocer. A pesar de que el 80 por 100 de los licenciados en Filosofía y Letras -en su casi infinita diversidad de árboles, ramas y hojas- terminarán siendo profesores, los planes de estudios de licenciatura no contemplan la enseñanza de algo que debería ser tan obvio como es la pedagogía y todo lo que ello conlleva -esencialmente el conocimiento del mundo de la infancia y de la adolescencia-. Debe ser que nuestros administradores públicos -quizá excesivamente atareados en la búsqueda de la nada- aún piensan que se aprende a enseñar por ciencia infusa o, lo que es peor, que da igual que no sepa enseñar. Lo sustantivo y lo único válido son los conocimientos teóricos. Puede ser que la experiencia de la Universidad convenga fácilmente de ello. Los profesores de Universidad -salvo los de la materia- conocen la pedagogía sólo de nombre. Además, en el nivel superior del sistema educativo no hay que controlar a los alumnos. En principio, no es obligatorio acudir todos los días a clase. Quizá esta indiferencia frente a los temas pedagógicos provenga del hecho de que nuestra clase política dirigente -muy especialmente los políticos de la generación del primer ministro- haya practicado el absentismo -por razones de coyuntura histórica, claro está- como norma durante sus licenciaturas y, por tanto, no haya sufrido en exceso el problema que aquí se plantea. La cuestión no era que el profesor fuese un mal pedagogo, sino que era un reaccionario al que había que combatir.

Dicho esto, creo, y con esto hago alguna sugerencia administrativa o política más, que hay que rejuvenecer a los profesores. Mientras que sus alumnos cada año tienen la misma edad, él es uno más viejo, está un año más lejos de la generación joven a la que tiene que educar. La sociedad se queja de que los profesores no universitarios tienen demasiadas vacaciones. Los profesores se suelen quejar de que cobran un salario más bien escaso. No estaría mal que de vez en cuando nuestros administradores prestasen atención a los sindicatos y, al tiempo que se sube el sueldo a los profesores, se dedique algún período de las actuales vacaciones al reciclaje obligatorio. Por poner un ejemplo patético, en el casco urbano de Madrid empieza a resultar temerario enviar a un niño a un centro público de EGB. En un número creciente de colegios supone entregarlo en manos de unos ancianos cuya principal ilusión es llegar a la jubilación. No tengo nada en contra de los ancianos, pero sí en contra de los viejos comportamientos que refuerza esta ausencia de formación permanente del profesorado.

Hay que hacer todo lo posible porque la escuela empiece a parecer interesante a todos estos chicos que abandonan el sistema educativo. Es difícil retenerlos con la amenaza de que no encontrarán empleo o de que, a lo sumo, encontrarán un mal empleo. De hecho, encuentran empleo, normalmente un mal empleo, aunque ellos no lo conciben así. Muy al contrario, es la puerta de la liberación. Con un mal empleo adquieren su condición de adultos y adquieren algunos de esos servicios y mercancías que jamás conseguían cuando estaban en la escuela. Parece inevitable que la mayor parte de la población ocupe un puesto de trabajo poco interesante. De hecho, en las economías industriales modernas, el 70 por 100 de los empleos exigen destrezas básicas mínimas, fácilmente suministrables desde la EGB, si ésta funcionase tal y como las legislaciones y las declaraciones de intenciones plantean.

No todo el problema se reduce a la consecución de un mal empleo. El abandono escolar también conduce a la aparición de ciudadanos menos participativos en su sociedad. No se trata de que voten en mayor o menor porcentaje, sino de que dejan toda una parcela de la actividad humana, la actividad intelectual, en manos de otras personas. La experiencia del

fracaso escolar se asocia con el desdén por la actividad intelectual. Que se sepa, jamás las clases dominadas se han beneficiado de la ignorancia. En este sentido, como decía Willis, la rebelión contra la escuela es la sumisión al orden social vigente. Puede que tenga algo de razón el señor ministro de Educación cuando dice que un mayor nivel de educación conduce a un mayor nivel de felicidad. No creo que se pueda establecer una ecuación entre ambos términos, pero lo que sí podría estar claro es que un mayor nivel educativo para todos los ciudadanos puede conducir a una profundización de la vida democrática. En principio, significaría que quienes hoy rechazan la escuela, o mejor dicho, son rechazados por la escuela, consideran que la experiencia educativa respeta su experiencia personal.

Notas

¹ Por chavales me refiero a aquellos alumnos y alumnas que manifiestan de modo explícito -abandonos, suspensos, etc.- su rechazo al proceso escolar.